

V
923
N

DG 285

• 3

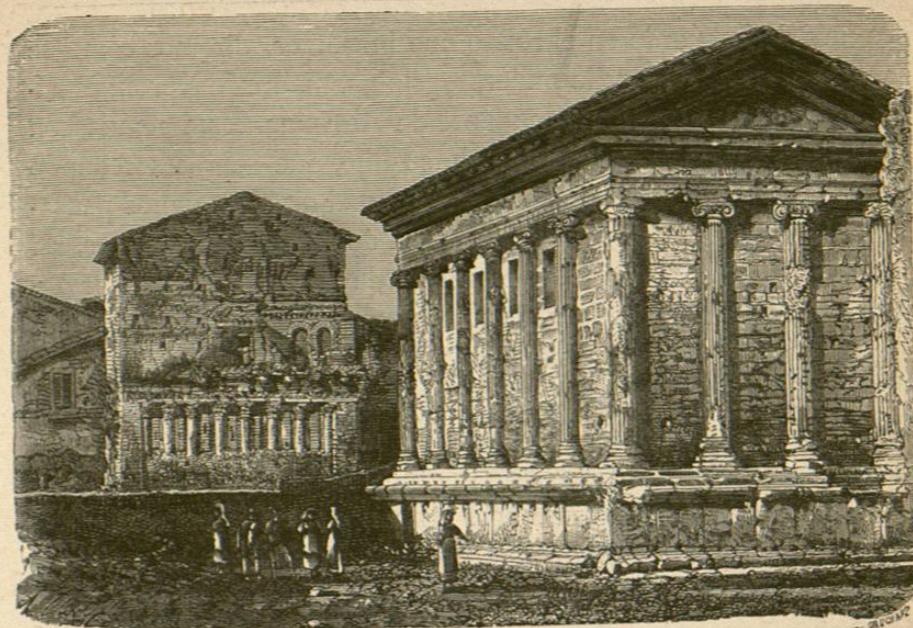
C34

v. 1

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Templo de la fortuna viril

CAPÍTULO PRIMERO

AMBICIÓN Y AMORES

Dormía sobre un lecho de orgía cierto niño casi mozo, de unos trece años; la pretexta ó ropa infantil espléndida dentro de su consagrada liturgia; la frente ceñida de rosas; en la mano una copa de oro vacía; en los pies un cachorro domesticado; en los labios cierta sonrisa de voluptuosidad incipiente y de interior embriaguez; cansado como de haber corrido mucho, y respirando con el resuello fatigosísimo consiguiente al cansancio que no logra vencer y dominar ni siquiera el reposo propio de un profundísimo sueño. Junto al niño destacábase una mujer, por todo extremo varonil, cuyo aire, impropio del sexo suyo, parecía marcial, aire congruente con quien ha nacido y se ha criado en tiendas de campaña, sobre campamentos, entre soldados. Junto á la mujer, veíase apoyado en el respaldo amplio de la sede majestuosa en que se asentaba ésta un patricio, ya de algunos años, cuya persona fácilmente acusaba sumisión gustosa, campeando en el rostro la vigilia incansable. Para no parar-

006577

nos más de lo cuerdo en el relato que iniciamos, diremos cómo se llamaba el niño, Nerón; la mujer, Agripina, madre de Nerón; el patricio, Vitelio, privado y confidente de Agripina. Esta seguía con cuidado anheloso la respiración de su hijo, que se iba serenando poco á poco al influjo del sueño, y Vitelio el discurso de los pensamientos, que iban apareciendo en guisa de nubes muy espesas, así sobre la frente como sobre el entrecejo de Agripina. Cualquier observador, el menos agudo y de menor penetrante sentido, viera en el garzoncillo de tan bellas formas mucho del arte sensual antiguo; en la mujer y su continente imperioso, mucho del viejo Imperio romano; en el patricio y su obsequiosidad refinada, mucho de la obediencia servil á que bien ó mal de su grado solían sujetarse por fuerza en las cortes de aquel entonces los confidentes imperiales. Pero nosotros, que podemos, por obra y virtud maravillosa del encantamiento de nuestro arte, oírlos á todos, así al dormido en sus ensueños, como á los despiertos, en sus diálogos, no hemos necesidad alguna de observarlos. Bástanos escuchar lo que dicen á puerta cerrada, en lo más hondo y recatado y misterioso de su cubículo, sin testigos y sin recelo á ningún testimonio, sobre la cima del orbe imperial, cuando costaba cualquiera imprudencia la vida, devorada por cien fuerzas destructoras, y surgían de las piedras los esbirros, verdugos ambulantes, mensajeros y ministros de la muerte.

— ¡Cuánto amas á tu Nerón, Agripina!

— Cuánto lo necesito, dijeras mejor.

— ¡Ya lo creo!

— Criada en la familia de Augusto, hija de un César, hermana de otro, necesito ser en lo porvenir madre y esposa de César.

— En tus años y en tus circunstancias, como el esposo no fuera nuestro César hoy reinante, Claudio, y el hijo tu propio Nerón, apenas comprendo quién de los seres podría realizar ese proyecto que guarda insondables abismos, en cuyo fondo late y se oculta la muerte.

— Pues nunca he pensado en ser alguno para cumplir mis proyectos, sino en los dos que acabas de nombrar.

— Me asombra tu audacia.

— De menores comienzos hanse derivado mayores obras.

— Nerón pertenece por su padre á familia patricia ilustre; pero de sangre imperial sólo tiene la que haya recibido de tus venas.

— ¿Tenía más Tiberio?

— Tenía menos, es verdad.

— El método romano de adopción es muy socorrido; y como Livia hizo emperador á su hijo Tiberio adoptándolo Augusto, Agripina puede hacer emperador á su hijo Nerón adoptándolo Claudio. Tiberio era un entonado; otro será Nerón.

— Pero entre Augusto y Livia no mediaba el parentesco mediante por vuestra sangre común entre Agripina y Claudio.

— No me olvido, no, del parentesco, y á su virtud libro mis esperanzas.

— Eres, y no debes olvidarlo, sobrina carnal del César.

— Lo sé.

— Y las leyes romanas prohíben con prohibición absoluta el enlace matrimonial entre parientes tan cercanos.

— ¡Las leyes!

— Lo más respetado que hubo en Roma siempre.

— En la Roma de otros siglos.

— ¡Agripina! Guárdate de acusar así á los tuyos, á tu familia.

— ¿Qué quieres? No digo nada nuevo al decir cómo los míos, cómo la familia imperial, se han levantado sobre la destrucción de todas las leyes al pináculo de todos los privilegios y de todos los honores.

— Pero tales temerarias especies no pueden decirse ahora en parte alguna, y menos entre la familia de los emperadores. Acuérdate de aquel infeliz, muerto á manos de Tiberio, tan sólo por haber querido decorar el nombre de Bruto llamándole con razón el último romano...

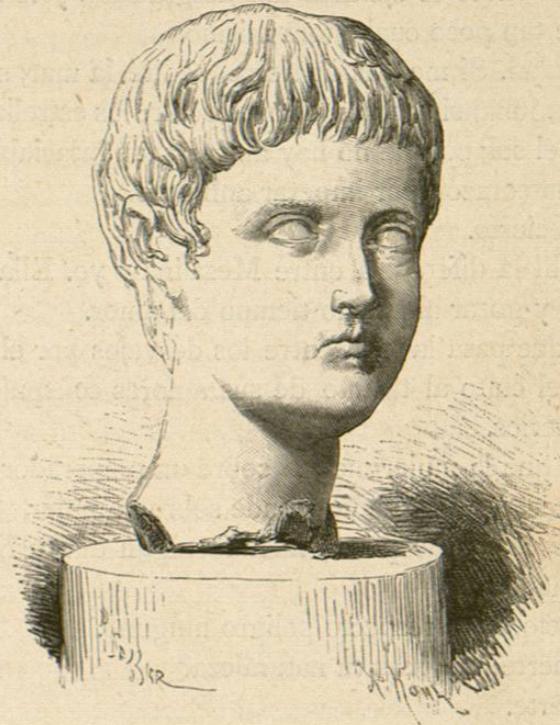
— Los patricios, Vitelio, ya no sois reyes, como en otros tiempos; sois criados. La curia parece un establo. Los senadores se dejan uncir al Imperio como bueyes y se dejan degollar como las reses en el matadero. Así, nada más fácil que hacerles derogar disposiciones antiguas más ó menos fundadas en justicia, reemplazándolas con otras nuevas más ó menos fundadas en imperiales caprichos.

— Mas observa que Claudio las echa de abogado, jurisconsulto, juez.

— ¡Ya lo creo! Como que se pasa la vida oyendo juicios y dictando sentencias.

- Pues no consentirá en ese cambio de legislación tan profundo.
- ¡Vaya si lo consentirá! En cuanto llegue yo á proponérselo.
- Lo dudo muchísimo.
- Yo estoy cierta del deseado logro, por saber cuánto á los leguleyos les placen los problemas jurídicos y la copia de leyes.
- Pero, aun suponiéndote feliz hasta el extremo de convencer al jurisconsulto, ¿cómo te compondrías para separar á la mujer del marido? Ya sabes que Claudio ama á sus mujeres sucesivas al igual que sus leyes codificadas y sus sentencias puestas en orden sabiamente por hábiles jurisconsultos.
- Nada más fácil que separar á Mesalina de Claudio; nada más fácil.
- ¿Tú lo crees así?
- ¡Vaya si lo creo!
- Yo le encuentro muy ligado con su esposa.
- Es verdad.
- Pues reconociendo la verdad tú, ¿qué me dices?
- Dígame que se halla el mayor peligro de Mesalina en el amor de su esposo.
- No comprendo.
- Cortas entendederas te han dado los dioses en achaques de amor.
- Veamos.
- Un emperador de corrompidas costumbres, voluptuoso, fácil á toda seducción, perdonará deslices análogos á los suyos.
- So pretexto de que las mujeres deben responder del hogar y de su legitimidad, los maridos acostumbran frecuentemente á imponerles privaciones, para las cuales no se juzgan ellos con recíprocas aptitudes, ni se creen obligados con recíprocos deberes.
- De todas suertes, Mesalina se pierde por los amores ilegítimos, y este desenfreno causará su ruina en cuanto convenga por cualquier causa ó razón que lo sepa Claudio.
- En verdad que Mesalina obedece á un voluptuosismo natural, mientras Claudio brilla por su fidelidad á la esposa y por la pureza de sus costumbres conyugales.
- He ahí dónde radica la seguridad completa de mi esperanza.
- Una esperanza que trae aparejados muchos peligros.

- No importa; yo, hija de Germánico, engendrada en carro de guerra, debo vivir combatiendo y debo morir de golpe violento. Lucharé.
- Los dioses prosperen tu obra.
- La prosperarán.
- Tal deseo.



Nerón niño (busto del gabinete de Francia)

- La prosperarán, aunque sean los dioses infernales.
- Una felicidad tal como la que yo pido para tu cabeza, te sea por el Destino designada.
- Mesalina, en su delirio, no comprende cómo la satisfacción de reinar pueda sobreponerse á todas las pasiones humanas.
- Y se sobrepone con seguridad en aquellos que nacieron dotados y revestidos de grandes ambiciones.
- Yo, nacida tan alto, he sentido en mi alma, desde los albores de su existencia, el deseo incontrastable de subir. El Imperio hame dominado más que todos los amores juntos. Deseé tener un hijo y

lo tuve. Mas deseé tener un hijo para imperar yo sobre su altísima persona y que su persona imperara sobre la Eterna Ciudad, como la Eterna Ciudad impera sobre todo el mundo conocido.

— Y cuando ya estés en lo alto, Agripina, ¿crees que arriba no te asaltarán deseos nuevos?

— Asaltaránme á millares.

— Pues entonces te sentirás tan desgraciada y te conformarás con tu suerte tan poco cual ahora mismo.

— Es verdad. Si me das la tierra, pediré la mar; si me das la mar, pediré la luna; si me das la luna, pediré las estrellas; si me das las estrellas, el sol; porque no hay abismos tan insaciables como los abismos de un corazón por imperar anheloso.

— Cierto, cierto.

— Pero ahí la diferencia entre Mesalina y yo. Ella desea dirigir el mundo y gozar al mismo tiempo del amor.

— Como que pasa la vida entre los desvelos por el imperio de su marido y el culto al tálamo de sus amores conspuído por cien infames adulterios.

— Y para que la mujer mande sobre un emperador y sobre un Imperio, se necesita que nadie mande sobre la mujer.

— ¿Y no recelas que puede mandar algún día tu Nerón sobre ti, sobre su madre?

— No recelo á ese respecto peligro ninguno.

— ¿Tan fuerte imaginas tu naturaleza?

— Tan fuerte.

— Pues las mujeres que no han amado mucho á sus esposos, obedeciendo á la necesidad incontrastable de amar, sentida siempre por su sexo, concluyen amando mucho á sus hijos.

— Yo no.

— ¿Tú no?

— No.

— Pues yo te veo desalada y desvivida siempre que se trata de Nerón.

— Verdad.

— Reconociendo esta verdad, no pondrás en duda mi tesis.

— Yo no veo en mi Nerón al hijo de amores que nunca sintiera mi pecho; veo al peldaño de la escalera por donde subiré al Capitolio.

— Agripina, ¿y una vez arriba, no preferirá él reinar á que tú reines?

— He observado mucho su naturaleza y no encuentro en ella síntoma de ambición alguna.

— Es todavía niño, y todas las pasiones varoniles han menester de la pubertad para nacer y revelarse.

— Pero créete que cada temperamento lleva consigo sus propias congénitas pasiones, y entre las consubstanciales al ser de mi amado cachorro no encuentro el afán de imperar con que yo nací á la vida y que á los albores de mi ser experimenté voraz en mis entrañas.

— ¿Pues qué aptitud predominante hallas en tu Nerón?

— Hallo aptitudes muy fáciles de sojuzgar: hallo aptitudes artísticas.

— Las aptitudes artísticas deben suponer, si no estoy equivocado, una índole voluntariosa y caprichosísima.

— Pero en asuntos ajenos á la gobernación y al imperio públicos. Un César verdadero será siempre lo contrario de un verdadero poeta.

— Cuando no se identifiquen las ambiciones con los fantaseos, y no entre allá, en el hervidero de ideas muy confusas, la idea predominante de reinar, y de reinar fantaseando, el modo peor de imperio.

— Mas desengáñate, un actor, un flautista, un poeta, un retórico, preferirá el placer á todo. Necesitadísimo de vivas emociones, buscarálas en el aplauso general, tan sonante á los oídos vanidosos y no en el gobierno, tan expuesto al odio de las gentes y tan sujeto á la universal censura. A ningún filósofo se le ocurre subir hasta el Estado, y á todos los filósofos nacidos en el Estado se les ocurre bajar á la escuela. Mi Nerón ha nacido menos aquejado de ambición que los filósofos. Por una corona de los juegos olímpicos ¡oh! cambiará cien veces la diadema de los pueblos romanos.

— No veo todo eso tan claro como tú, Agripina.

— Y no me asombra, Vitelio, tu desconfianza.

— ¿Por qué?

— Porque tú tienes naturaleza de suyo desconfiada é inteligencia de suyo escéptica.